MUSEO DRAMATICO,

O

Coleccion de Comedias del teatro estranjero,

REPRESENTADAS

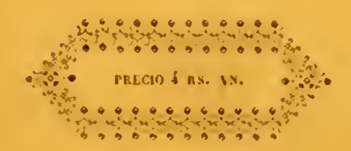
EN LOS PRINCIPALES DE LA CORTE.

Teatro de la Cruz.

García

EL GALAN INVISIBLE.

COMEDIA EN DOS ACTOS.



40.

MADRID.

D. J. CUESTA. Calle Mayor.

D. PEDRO SANZ. Calle de Carretas, 39.

D. A. ESCAMILLA. Calle de Carretas.

Y en el GABINETE LITERARIO, calle del Principe.

1844.

EL GALAN INVISIBLE.

COMEDIA EN DOS ACTOS.

Escrita en francés por Mr. Melesville.

(Traducida por D. A. García Gutierrez.)

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN MADRID EN EL TEATRO DE LA CRUZ EL DIA 18 DE SETIEMBRE DE 1843.

ACTORES.

EL BARON MARCO GERMANI.	D. J. Lombia.
CESAR DONATO.	D. J. Aznar.
PRIOLI.	D. V. Caltañazor.
MASCARONE.	D. J. Torroba.
FRANCISCO.	D. J. Fernandez.
ANA DUDLEY.	Doña J. Perez.
REBECA.	Doña C. Samaniego.
CATALINA.	Doña M. Duran.

Postillones, Pasageros y Criados.

El primer acto pasa en Parma; el segundo en Florencia.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala de una posada. A cada lado una ventana: en el fondo una escalera de madera que conduce á un corredor.

ESCENA I.

MASCARONE *y varios* POSTILLONES.

MASCARONE.

Ea! ya es hora de partir. (*á uno*) Tú conducirás la estafeta de Roma. (*á otro*) Tú el correo de Milan. (*á otro*) Y tú, á ese viajero inglés..... Ah! cuidado sobre todo con no fatigar los caballos.

UNO.

Ya!

MASCARONE.

Asi ganas tiempo..... eh?

TODOS.

Bien! bien!

MASCARONE.

Vamos, hijos mios, vamos y mostraos dignos de mi. (*vanse los postillones*) Santa Madona! es singular el efecto que produce en las piernas de los caballos un vaso de vino encerrado en el vientre del postillon. A Dios gracias, la cuadra ha quedado completamente desocupada, y los viajeros que lleguen tendrán que detenerse; y como soy al mismo tiempo maestro de postas y dueño de la mejor fonda de Parma.... (*se oye ruido de carruage que se detiene á la puerta*) Qué es lo que yo decia? aqui tenemos ya uno.....

CATALINA, *sale corriendo.*

Signor Mascarone, acaba de llegar una señora inglesa con su doncella.

MASCARONE.

Hazlas subir.

CATALINA.

Dicen que no pueden detenerse un momento.

MASCARONE.

Ya veremos! esa es cuenta mia.

CATALINA.

Aqui estan.

ESCENA II.

DICHOS, ANA *en traje de camino y* REBECA.

ANA, *hablando hácia dentro.*

Os digo que quiero marchar al instante.— Nada! se hacen sordos. Dónde está el posadero, ó el maestro de postas?

MASCARONE, *saludando.*

Uno y otro estan á vuestras órdenes.

ANA.

Pues bien, hacedme el favor de mudar el tiro inmediatamente: no puedo permanecer aqui por mas tiempo.

MASCARONE.

Perdonad, pero antes de todo es preciso cumplir un deber que me impone la policía de Parma. (*cogiendo un libro grande*) A dónde vais?

ANA.

A Florencia.

Mascarone escribe.

MASCARONE.

De dónde venis?

ANA.

De Lóndres.

MASCARONE.

Milady es casada?

ANA.

Viuda.

MASCARONE.

Viuda tan jóven..... y tan linda! vaya! bien se puede apostar á que el difunto os dejó contra su gusto. (*presentandola la pluma*) Tened la bondad de firmar.

ANA, *escribiendo.*

Ana Dudley.

MASCARONE.

Y vos?

REBECA.

Rebeca Clumkett. Hay precision de poner la edad?

MASCARONE.

No: pero si quereis.....

REBECA.

No..... no hay para qué.

MASCARONE.

Muy bien: (*asomándose á la ventana*) que entre en el patio el carruaje de Milady.

ANA.

Qué estais hablando? no os acabo de decir.....

MASCARONE.

Lo que quereis es imposible; hasta dentro de cinco ó seis horas no puedo disponer de un solo caballo. (*á la ventana*) Que suban el equipage al núm. 2.

REBECA.

Cinco ó seis horas!

ANA.

Escuchad!

MASCARONE.

Es una magnífica habitacion con vistas deliciosas! El gran Napoleon durmió en ella una noche.

ANA.

Os repito que.....

MASCARONE.

En cuanto á la comida.....

REBECA, *con impaciencia.*

Pero.....

MASCARONE.

Hay perdices y frutas.

ANA.

Pero no acabais de entenderme.

MASCARONE.

Ya! quereis comer en vuestra habitacion, es muy justo: al fin dos señoras solas.....

ANA *y* REBECA.

Si no es eso!

MASCARONE.

Estamos convenidos. (*hablando hácia adentro*) A las tres, dos cubiertos al núm. 2. (*á Ana*) Sereis servida con el mayor esmero, Milady: espero que quedareis contenta. (*fingiendo que oye que le llaman*) Voy! voy! perdonad, vendré al instante á ponerme á vuestras órdenes.

ESCENA III.

ANA, REBECA.

REBECA.

No nos ha dejado meter baza. Habrá que tomarlo con paciencia.

ANA.

Estoy inquieta! tengo tantos deseos de llegar á Florencia y de abrazar á mi tio!

REBECA.

Si; el señor Donato. Ah! vos al fin, Mila-

dy, al dejar vuestro pais natal encontrais un pariente en esta tierra estrangera; pero yo!... Toda mi familia, todos los Plunkett, hasta el trigésimotercio grado, han nacido en Yorck-Shire.

ANA.

Ya sabeis mi querida Rebeca, que mi madre, noble y rica florentina, huyó de su casa con un pintor inglés, que la hizo su esposa en Lóndres. Mi tio, que es oficial del gran Duque, se tuvo por deshonrado, y en un arrebato de colera, juro no ver mas á los culpables. Pero aun no se habian secado en mi rostro las lágrimas que me arranco su perdida, cuando mi tio se halló solo, postrado por la gota y atormentado de sus antiguas heridas. En esta situacion, y arrepentido de lo que habia hecho con mi pobre madre, retractó en mi favor su juramento y me escribió una carta llena de ternura, llamándome á su lado.

REBECA.

Ah: si..... y os ha nombrado su única heredera.

ANA.

Ya veis, no tengo mas apoyo que él en el mundo, y me encuentro viuda á los diez y nueve años: figúrate si tendré deseos de llegar á Florencia.

REBECA.

Yo tambien! somos dos mujeres solas, y hay hombres capaces de todo.

ANA.

Y qué haremos para matar el tiempo mientras vuelven los caballos?

REBECA, *señalando á la ventana de la izquierda.*

Mirad! por este lado hay magnificas vistas; podeis dibujar.....

ANA.

Tienes razon: ese es el palacio ducal. Si tuviera aqui mi album.....

REBECA.

Ya le traen.

ESCENA IV.

DICHAS y CATALINA *que trae cajas de carton, papeles de música y libros.*

CATALINA.

Aqui teneis, Milady.....

ANA.

Esperad á que tome mis lapices y este libro.

REBECA.

Llevad lo demas al cuarto y no me arrugueis los gorros. Ay! qué manos tan desdichadas tienen estas italianas!

ANA, *se sienta y coje el album.*

Abre la ventana, Rebeca. Si, ese puente que atraviesa el Taso.... (*abriendo el album*) Qué veo!

REBECA.

Qué es eso?

ANA, *turbada, aparte.*

Me persigue todavia!

REBECA.

Estais temblando.

ANA.

Y con razon, Rebeca! mira!

(enseñándole el album.

REBECA.

Yo no veo mas que versos..... alguna poesia que habeis copiado.

ANA.

No he sido yo, Rebeca.

REBECA.

Pues quién?

ANA, *bajando la voz.*

Un hombre que ha dado en perseguirme hace mas de un año; á quien no he visto, á quien nunca he hablado, y que sin embargo está siempre aqui, cerca de mi.....

REBECA.

Dios santo!

ANA.

Le he devuelto mil veces sus cartas, pero me las he encontrado otra vez, ya sobre la chimenea, ya en mi tocador. Oh! la idea de que tengo siempre á mi lado un testigo invisible de mis acciones, que me espia, que oye cuanto digo, adivina mis pensamientos, me tiene en un continuo sobresalto. Si hubieramos vivido trescientos ó cuatrocientos años antes, hubiera creido que este hombre era un espiritu maligno, un duende, un trasgo..... y él mismo cuando se chancea en sus cartas, toma muchas veces alguno de estos nombres, porque sabe muy bien que el suyo me es odioso.

REBECA.

Su nombre! es acaso terrible?

ANA, *en voz baja.*

El conde Marco de Grimani.

REBECA.

Qué decis? ese caballero italiano, ese calavera que ha dejado en Inglaterra tan mala

fama, y que pierde la reputacion de una mujer con tanta frescura, como si se bebiese una copa de champagne?

ANA.

El mismo.

REBECA.

Es posible! y qué será lo que tenga que deciros en esos versos?

ANA.

Ah! no quiero saberlo; ni aun abrir ese album.

REBECA.

Qué niñería! mucho mas, cuanto que debe de haber perdido nuestra pista con los muchos rodeos que hemos dado.

ANA.

Así lo creo.

REBECA.

En ese caso, qué es lo que temeis? aun cuando no sea mas que para conocer sus intenciones.....

ANA.

Si lo deseas.....

REBECA.

Yo me muero por unos versos!

ANA, *cojiendo el album.*

Los leeré solo para darte gusto.

REBECA.

Se entiende!

ANA, *lee.*

Tirana homicida! por qué presurosa
Huyendo te alejas ingrata de mí?
En vano lo intentas: con ánsia amorosa
Tu fuga espiando iré en pos de ti.
Do quiera te lleven tus duros enojos,
Mi sombra atrevida siguiéndote irá,
Y en este momento velado á tus ojos,
Tu amante invisible mirándote está.

Las dos se vuelven con temor mirando á todos lados.

ANA.

Qué me dices? has visto tú nunca audacia semejante?

REBECA.

A fe mia, Mistris, os juro que no me desagradaria un amante de esa especie.

ANA.

Cómo?

REBECA.

A mí me encantan los hombres tenaces, y si aun estoy soltera, es porque nunca he encontrado mas que jentes sin carácter, sin consecuencia. Y mirándolo bien, no os habeis de volver á casar? vuestro tio os ha dicho ya en sus cartas que os ha elegido ya un esposo; el señor Pridi, hijo del Podestá de Pádua.

ANA, *con viveza.*

Sí, y le aceptaré con los ojos cerrados, aunque no sea mas que por librarme de esta persecucion; porque esto es una persecucion! Venir tras mí desde Lóndres, rodearme de asechanzas y proponerse que yo le ame..... á mi pesar!

REBECA.

Hum! no es dificil que lo consiga.

ANA.

Yo amarle! jamás.

REBECA.

Por qué?

ANA.

En primer lugar, debe ser horriblemente feo.

REBECA.

Si no le habeis visto.....

ANA.

Por esa misma razon; es lo mismo que sucede entre nosotras: cuando una mujer no quiere que la vean, se puede apostar de seguro á que tiene sus motivos para ello. En segundo lugar, es un libertino.

REBECA.

Oh! los hay de esos que no son de despreciar. Vuestro perseguidor ha de ser uno de ellos, y parece muy amable, y hace muy bonitos versos.

ANA.

No me hables de él! es un hombre para quien nada hay sagrado. Seria capaz de seducirte á ti misma.

REBECA.

A mí! quisiera yo ver eso.

ANA.

Dejemos esta conversacion, porque su nombre solo..... Pero qué es eso?

Se oyen carcajadas estrepitosas debajo de la ventana de la derecha.

ESCENA V.

DICHAS *y* CATALINA, *que sale de la habitacion núm.* 2.

CATALINA.

No es nada, Milady, son los oficiales de

la guarnicion, que vienen todos los dias á comer aqui.

REBECA, *mirando por la ventana.*

Ola! hay muy buenos mozos!

ANA.

No te asomes, Rebeca!

REBECA, *suspirando y recogiendo el album.*

Ay Mistris! no hay peligro.

CATALINA.

Ya estan ahi.

ANA, *á Catalina.*

Retírémonos. Haced que enganchen en el momento en que haya caballos.

Entran en su habitacion: Catalina se va por el lado opuesto.

ESCENA VI.

MARCO, *varios* OFICIALES *y luego* MASCARONE *y criados que colocan en medio del teatro una mesa cubierta de platos, botellas, etc.*

MASCARONE.

Es hora ya de comer, señores?

MARCO.

Ola! (*dandole una palmada en el hombro*) eres tú, bribon?

MASCARONE, *haciendo reverencias.*

Señor?....

MARCO.

No has perdido aun tus costumbres de dar gato por liebre?

MASCARONE.

Cómo, señor! os dignais de recordar.....

MARCO.

Tus *quid pro quo* culinarios! ay amigo! los he pagado muy caros!

TODOS.

A la mesa! vamos!

FRANCISCO.

Puesto que nuestra buena fortuna nos devuelve al coronel..... (*señalando á Marco la silla que esta en medio*) Conde Marco! ocupad el lugar de preferencia.

MARCO.

Nada de etiquetas, señores! en cualquier parte estoy bien. (*se sienta á la izquierda, volviendo la espalda á la puerta del cuarto número 2.; los oficiales se sientan*) Espero, Mascarone, que te esmerarás hoy.

Mascarone sirve los platos que traen los criados.

MASCARONE.

Descuidad; todo será esquisito y delicado. Hay ravioles, costillas á la milanesa, perdices.

MARCO.

Y vino de madera?

MASCARONE, *aparte.*

Ah! (*á un criado*) traeles vino de Calabria, y ponlo al precio del de madera: producirá el mismo efecto.

FRANCISCO.

Pero por qué nos has colocado en esta pieza? aqui nos estamos axfisiando.

MASCARONE.

La otra está ocupada por una familia rusa; y además, no sé por qué os quejais! aqui ha comido el gran Napoleon!

MARCO.

Oh! el gran Napoleon! échanos champagne.

TODOS.

Si, si.

MASCARONE, *aparte.*

Bien! ya estan medio peneques! cuando yo digo que hará buen efecto el vinillo de Calabria! (*alto*) Señores, voy á disponer que traigan los postres: todo será servido puntualmente, y..... (*aparte*) con especialidad la cuenta.

ESCENA VII.

Los MISMOS, *menos* MASCARONE *y sus criados.*

MARCO.

Ahora bien, amigos mios, qué ocurre de nuevo en el regimiento? hay muchas victimas?....

FRANCISCO, *riéndose.*

No se ha perdido el tiempo, mi coronel.

MARCO.

Enhorabuena! es preciso mantener la disciplina, y los sanos principios que os he inculcado. (*á Francisco*) Qué se ha hecho vuestra linda viudita de Ferrara?

FRANCISCO.

Iba ya á abandonarla cuando uno de los camaradas me hizo el favor de quitármela.

MARCO.

Oh santa amistad! tal es tu benéfico influjo.

Y vos, Belmonte, qué habeis hecho de vuestra Zanetta, la bailarina!

FRANCISCO.

La cambió por un magnífico alazan!

MARCO.

Muy bien! veo, señores, con satisfaccion, que en nada se ha corrompido la buena moral del regimiento.

FRANCISCO.

Pero, y vos, coronel? sin duda tendreis que contarnos cosas maravillosas, de vuestro largo viaje.

MARCO.

No hablemos de eso.

FRANCISCO.

Si tal! no somos ya vuestros discípulos? (*llenando su vaso*) Ea, pues! bebamos á la salud...

MARCO.

Del mas desventurado de los caballeros andantes.

TODOS.

Cómo?

MARCO.

Si, amigos mios! desde el momento que llegué á Inglaterra, cometi la imprudencia de enamorarme; pero no asi como quiera, sino perdidamente.

TODOS.

Es posible!

MARCO.

Quise presentarme en la casa de mi hermosa, pero me negó la entrada.

FRANCISCO.

Al conde Marco Grimani!

MARCO.

El conde Marco sufrió ese desaire, que le fue muy sensible, tanto mas cuanto que la buena inglesita no nos habia visto nunca la cara... porque habeis de saber que me aborrece sin conocerme mas que de reputacion.

TODOS.

Já! já! já! pobre Marco!

ESCENA VIII.

DICHOS *y* ANA *entreabriendo la puerta de su habitacion.*

ANA.

Si no me engaño, han pronunciado el nombre de... (*viendo los oficiales*) Sin duda está entre esos oficiales; pero cómo es posible distinguirle entre todos?

MARCO.

Pero... cosa singular! el ódio que me profesaba, fue un aliciente mas que irritó mi pasion, y desde entonces, empecé á representar el papel de amante platónico: es decir, que me converti en el ente mas ridículo y mas insufrible del universo.

FRANCISCO.

No os conozco, mi coronel!

MARCO.

Eso sí, he procurado ocultarme siempre á sus ojos, para escitar su curiosidad... ya sabeis que las mujeres son siempre amigas de estravagancias. Asi que, para hablarla de mi amor, me he valido siempre de tiernas epístolas, ramilletes simbólicos, y versos sentimentales.

ANA, *aparte*

Es él! me ha seguido!

FRANCISCO.

Y por fin?..

MARCO.

A pesar de que habia tomado perfectamente mis medidas, he perdido su huella de repente, y la voy siguiendo sin esperanza de volverla á encontrar.

TODOS.

Já! já! já!

FRANCISCO.

Bonito desenlace!

ANA, *aparte.*

Respiro! si pudiese distinguir sus facciones!

FRANCISCO, *riendo.*

Quereis que os hable con franqueza, coronel? me parece la tal inglesa una coqueta de primer órden.

MARCO.

Eso me he figurado tambien.

ANA, *aparte.*

Que horror!

MARCO.

Sí: será alguna mogigata.

FRANCISCO.

O alguna necia!

MARCO.

Como lo son todas las inglesas.

ANA, *aparte.*

Gracias.

MARCO.

Pero ahora está en Italia, y si llego á encontrarla, vive Dios que he de tomar venganza de

sus rigores. He de emplear todos los medios conocidos para hacer que me adore; la diré que no puedo vivir sin ella, que muero de amor; en fin, lo que se dice en tales casos, y cuando esté á mis pies, entregaré mi nueva víctima á la maledicencia de toda la Italia.

ANA, *aparte.*

Qué hombre tan depravado!

FRANCISCO.

Ba! qué apostamos á que acabais por casaros con ella?

MARCO.

Yo casarme!

FRANCISCO.

Os apuesto dos mil piastras.

MARCO.

Y yo acepto. Oh! y si estuviera aquí mi hermosa ingrata...

Al decir esto, Ana cierra su puerta, como espantada.

ANA.

Cielos!

FRANCISCO.

Eh?

MARCO.

Qué es eso?

FRANCISCO.

Alguien andaba en esa puerta.

Se levantan.

MARCO, *levantándose.*

Nos estaban escuchando!

FRANCISCO.

Es mucha curiosidad!

MARCO.

Por fuerza han de ser mujeres. Quiero ver si descubro... no hagais ruido.

Se acerca de puntillas á la habitacion de Ana y mira por la cerradura. Los criados quitan la mesa.

LOS OFICIALES, *en voz baja.*

Veis algo?

MARCO.

La cerradura es tan pequeña... sin embargo, me parece distinguir... qué veo! es posible!

FRANCISCO.

Qué hay?

MARCO.

No me engaño! es.....

FRANCISCO.

La inglesa?

MARCO.

La misma. (*viendo venir á Catalina*) Silencio! aquí está Catalina: procuraré informarme de ella.

ESCENA IX.

DICHOS *y* CATALINA *con una bandeja en que trae platos, vasos, etc.*

TODOS, *corriendo hácia ella.*

Oh! Catalina! Catalina!

CATALINA, *á los oficiales que la detienen y quieren abrazarla.*

Vamos, señores, dejadme.

FRANCISCO.

Qué es lo que llevas ahí?

CATALINA.

La comida para las señoras del núm. 2.

MARCO, *aparte.*

Bien! (*arranca una hoja de un libro de memorias, y escribe*) «Vuestro invisible, no perderá de vista esta puerta, y ya os será imposible escaparos.»

Dobla el papel y se acerca á Catalina, la cual para defenderse de los oficiales, habrá puesto la bandeja sobre una mesa.

CATALINA.

Dejadme, os digo, señores, ó llamo al coronel. Coronel!

MARCO.

Vamos, vamos! qué es eso? Catalina está bajo mi proteccion!

CATALINA.

Veremos si se atreven...

MARCO, *abrazándola.*

Ninguno sea osado á tocarla.

CATALINA.

Ya sabia yo que no lo sufriria.

MARCO.

Dónde vas?

CATALINA.

A ese cuarto.

Señalando al del núm. 2.

MARCO.

Eso es imposible: lo hemos declarado en estado de sitio, y si no traes el santo y seña...

CATALINA, *sonriéndose.*

El santo y seña?

MARCO.

Si: quien vive ahí.

CATALINA.

Una inglesa: Mistris Ana Dudley.

MARCO, *reprimiendo su alegria.*

Ana! Muy bien! puedes pasar adelante.

La dá un abrazo y coloca el papel en la bandeja de modo que no lo advierta Catalina.

CATALINA.

Pues, eso es! otro abrazo con el achaque de defenderme! y yo que no habia caido en ello!...

Entra en el núm. 2 volviendo á cerrar la puerta.

MARCO.

Es ella! es ella, amigos mios! el destino me la entrega.

Se oyen á lo lejos trompetas que tocan llamada.

FRANCISCO.

Bien, bien! nosotros os dejamos, coronel. La obligacion nos llama.

MARCO.

Adios, señores.

ESCENA X.

MARCO, *solo, muy agitado.*

MARCO.

Oh! cuando considero que está ahí, tan cerca de mi, el corazon me palpita..... no de amor, no! sino de alegria, de satisfaccion, de venganza. Pero es preciso buscar algun medio de verla y hablarla, sin que pueda sospechar quesoy yo. Ah! ese truan de Mascarone puede ayudarme. Casualmente viene aqui; pero no está solo.

Se dirige al fondo y desaparece un momento.

ESCENA XI.

MARCO, *en el fondo*; MASCARONE *entra por la derecha seguido de* PACCHINO PRIOLI, *el cual vendrá ridiculamente vestido á la moda, y embozado en una rica capa galoneada.*

PRIOLI, *encolerizado.*

Esto es atroz! inconcebible! horrendo! no es esta una casa de postas?

MASCARONE.

Perdonad....

PRIOLI, *gritando.*

Caballos! que me den caballos inmediatamente.

MASCARONE.

No los hay.

PRIOLI.

Entonces, esta no es casa de postas.

MASCARONE.

Si tal; pero han salido todos.....

PRIOLI.

El diablo cargue con ellos y con vosotros. (*arrojando la capa y el sombrero sobre una mesa*) Es cosa que haria saltar á la misma Basilica de Roma! y justamente cuando la voy siguiendo.....

MASCARONE.

A la Basllia!

PRIOLI.

No, hombre, no! Y cuándo esperais que vengan?

MASCARONE.

Quién?

PRIOLI.

Los caballos, bruto.

MASCARONE.

Dentro de cinco ó seis horas.

PRIOLI.

Cinco ó seis mil diablos que te lleven! *Testa di marbore!* hacer esperar al hijo único del Podestá de Pádua!

MASCARONE.

Del Podestá! (*asomándose á la ventana*) Haced que entre en el patio la silla de.....

PRIOLI.

Qué estais diciendo?

MASCARONE.

Sábanas limpias al núm. 7.

PRIOLI.

Cuando digo que.....

MASCARONE, *volviéndose repentinamente.*

La habitacion es pequeña, y la cama no tiene siete palmos de larga; pero el gran Napoleon ha dormido en ella, circunstancia que la engrandece soberanamente. En cuanto á la comida.....

PRIOLI.

No tomo nada.

MASCARONE.

Hay perdices.....

PRIOLI, *gritando.*

Si he comido ya! qué hombre!

MASCARONE, *con calma.*

Servirán para la cena.

PRIOLI.

A que le tiro los trastos á la cabeza?

Se deja caer en la silla que está inmediata á la mesa donde ha dejado el libro.

MASCARONE.

Es decir que estamos convenidos: un cubierto..... Ah! tened la bondad de poner ahi

vuestro nombre y calidad. Sereis servido con el mayor esmero ... (*fingiendo que le llaman*) Voy allá! perdonadme, señor! vuelvo al instante.

Al irse, le detiene Marco.

MARCO, *en voz baja.*

Mascarone?

MASCARONI.

Señor Conde?

MARCO.

Quieres ganar treinta cequies?

MASCARONI.

Cincuenta si es posible.

MARCO.

Silencio! sígueme.

Vanse por la puerta del fondo sin que los vea Prioli.

ESCENA XII.

PRIOLI, *solo, queda un momento recostado sobre la mesa.*

Lo he dicho ya mil veces: mientras haya posadas en el mundo, será imposible viajar. Por causa de este animal..... pero yo tengo la culpa: así escarmentaré para no volver á hacer el galan amartelado, ni andar á caza de mujeres..... que pueden considerarse propias. El viejo me dijo: (*imitando la voz del viejo*) «Querido Prioli! yo no puedo ir á buscar á mi sobrina, pero vos sois jóven y activo, y vuestra atencion no podrá menos de agradarla.—Ba!—No dudo que la agradareis.—Oh!—Sois muchacho de mérito.—Ah!—Y luego, el viaje es encantador. (*con mal humor*) Si, sí! el tal viaje ha sido completo. En primer lugar, he pasado la pena negra en ese maldito paquebot, que no olvidaré mientras viva. Llego á Londres; una poblacion encantadora, donde no se come, se bebe ni se respira mas que carbon de piedra. Pero sobre todo, qué idioma, señor! qué idioma! es imposible que aquellos hombres se entiendan, y yo tengo para mí que si aparentan entenderse, es solo por engañar á los estranjeros. Lo mas claro que tienen en su lengua, es el puñetazo; así que todas sus conversaciones acaban por ahí.—Pues señor, volviendo á mi viaje; llego á casa de Mistris Ana, y me dicen que se ha puesto en camino dos dias antes de mi llegada.—Magnífico! pero qué camino han tomado?—por Douvres, por Lisboa ó por Amsterdam.—Muy bien! quedo enterado! no hay mas que echarse á buscar..... (*abriendo el libro*) «Corpo di la Madonna!» Por temor de equivocarme, tomé el camino mas corto: acaso me hallaré á poca distancia de ella, y por causa de este tunante..... (*mirando al libro á tiempo que va á escribir*) Qué veo! «núm. 2, Ana Dudley!» —Núm. 2! (*se levanta*) Con que está aquí! voto á!..... (*componiéndose la corbata*) Quisiera presentarme á ella de una manera particular, nueva, ingeniosa!.... voy á llamar á su puerta. (*al tiempo de ir á llamar, se abre la puerta y sale Ana vestida con un traje de Catalina*) Pero alguien viene!

ESCENA XIII.

PRIOLI. ANA.

ANA, *aparte.*

Él es sin duda! me estará espiando. No me queda otro medio de escapar, y puesto que ya han llegado los caballos.....

PRIOLI, *aparte.*

Sin duda es una criada: procuraré informarme. (*deteniendo á Ana cuando esta va á salir*) Niña mia! tengo que hablarte dos palabras.

ANA, *aparte.*

Quiera Dios que no me conozca. (*ocultando el rostro*) No trae ya el uniforme: sin duda se ha disfrazado.

PRIOLI.

Buen talle y buen....: es lástima que no haya tiempo.....

ANA, *procurando marcharse.*

Permitidme.....

PRIOLI.

Espera un momento: tú acabas de salir de ese cuarto.

ANA, *aparte.*

Querrá asegurarse.

PRIOLI.

Creo que está ocupado por una señora que me interesa muy particularmente.

ANA, *aparte.*

Bien sospechaba yo! es el mismo.

PRIOLI, *tomándole la mano.*

Es que quisiera sorprenderla... Eh? qué es

eso? está temblando la pobre chica! Si creerá tal vez que... vamos, vamos! tranquilízate.

ANA, *aparte, mirándole á hurtadillas.*

Ah! yo me lo habia figurado muy feo; pero á la verdad, no tanto.

PRIOLI, *aparte.*

Qué diablo! siempre produce mi presencia el mismo efecto en todas las mujeres! á la primera mirada se turban. Y el caso es que tiene un brazo, y una mano, y un cutis...

ANA, *aparte.*

Si acabará!

PRIOLI.

Mira, yo no soy vanidoso, ni aristócrata; y con tal que la del núm. 2 no sepa nada...

ANA.

Jesus! Jesus, qué hombre!

PRIOLI.

Y si tú fueras amable...

ANA.

No os entiendo.

PRIOLI.

Yo haria tu suerte.

ANA.

No entiendo, os repito.

PRIOLI.

No? yo haré que me comprendas, con un par de abrazos...

ANA, *huyendo.*

Dios mio!

PRIOLI.

Allá va uno á cuenta.

Corre tras de Ana: al mismo tiempo sale por el fondo el conde Marco, vestido con un traje de Mascarone, barba, y largos rizos. En el momento en que Prioli va á alcanzar á Ana, se interpone y recibe el abrazo por ella.

ESCENA XIV.

DICHOS y MARCO.

PRIOLI, *espantado.*

Ah! qué es esto?

ANA, *aparte.*

A buen tiempo llega.

MARCO, *empujando á Prioli.*

Mirad lo que haceis, caballero!

PRIOLI, *aparte.*

Qué bruto! (*alto*) Que buscais por aqui, señor mio? quién sois vos?

MARCO.

Quien soy! vaya una pregunta! El hermano del posadero y su consocio. Y ahora, decidme, con qué derechos os tomais la libertad de perseguir á mis criadas?

PRIOLI.

Cómo! os vais á amostazar por una broma?

MARCO, *á Ana que procura ocultar la cara.*

Y tú, bribonzuela, ya te enseñaré yo á no coquetear con los viajeros. Sal de aqui corriendo, holgazana.

ANA, *aparte.*

No deseo otra cosa: quiera Dios que pueda salir Rebeca sin que la vea ese maldito.

Vase. Prioli se dirije al cuarto de Ana.

MARCO.

Dónde vais, caballerito?

PRIOLI.

No lo veis?

MARCO.

Ese no es vuestro cuarto.

PRIOLI.

Ya lo sé...

MARCO.

Ahi está una señora...

PRIOLI.

Justamente, voy á entrar por eso.

MARCO.

Cómo?..

PRIOLI.

Porque habeis de saber que esa señora es mi novia.

MARCO, *aparte.*

Ah! tengo un rival! (*en voz alta y amenazadora*) Esperad un momento! eso puede ser un pretesto para introduciros, y... ya veis, yo tengo que mirar por la moral...

PRIOLI, *levantando la voz.*

Cómo se entiende! insolente!

MARCO.

Os digo que no entrareis.

PRIOLI, *gritando.*

Bribon! sino me hubiera dejado en el carruaje mis armas...

Rebeca sale de su cuarto y cierra inmediatamente su puerta.

ESCENA XV.

DICHOS y REBECA.

REBECA.

Qué escándalo! que voces son esas?

MARCO.

Este caballero quiere entrar por fuerza en la habitacion de Milady!

REBECA.

Que insolencia! cerrad la puerta por dentro, señora!

PRIOLI.

Escuchadme por Dios! yo soy...

REBECA.

Malvado! ya conocemos vuestra intencion!

PRIOLI.

Vengo siguiéndola desde Lóndres...

REBECA.

Y se atreve à contarlo! Pues qué, no hay leyes en este pais? (*á Marco*) Detenedle un instante: yo voy á dar parte al magistrado.

MARCO.

No temais.

REBECA.

Bribon! infame!

Vase.

PRIOLI.

Oidme.

MARCO.

No se escapará.

ESCENA XVI.

DICHOS, *menos* REBECA.

PRIOLI.

Va á poner toda la casa en revolucion.

MARCO, *aparte.*

Muy bien! ha quedado sola! si pudiera deshacerme de este imbécil...

PRIOLI, *acercándose al cuarto de Ana.*

No os asusteis, señora! yo soy Prioli el hijo del Podestá de Pádua.

MARCO, *con tono amenazador.*

Acabemos de una vez, caballero! apartaos de ahi, ó por S. Pedro, os hago saltar por una ventana.

Le agarra por el cuello y le hace dar vueltas por el teatro.

PRIOLI, *con calma.*

Teneis la bondad de decir cuál es el nombre de vuestra posada?

MARCO.

La hospitalidad.

PRIOLI.

Y es este el modo que teneis de ejercer la hospitalidad con los viajeros?

Se oye el ruido de un carruaje.

MARCO, *con inquietud.*

Que oigo! un carruaje que se aleja! (*asomándose á la ventana de la derecha*) Dos señoras en una silla de posta!

PRIOLI.

Dos señoras! cómo! dos señoras!

ESCENA XVII.

DICHOS *y* CATALINA *que sale del cuarto núm.* 2.

CATALINA, *aparte.*

Ya estan fuera de peligro.

MARCO.

Catalina!

PRIOLI.

Una criada?

CATALINA.

Servidora vuestra.

MARCO.

Necio de mi! ya comprendo! Se me ha escapado, y ese majadero tiene la culpa.

PRIOLI.

Pero en esa habitacion habia un regimiento de mujeres.

Asomase á la puerta del cuarto.

ANA *aparte.*

Si, si; buscadlas: el pájaro ya voló.

MARCO, *aparte.*

Y me es imposible seguirlo, sin carruaje, sin un caballo...

PRIOLI.

No hay nadie! Oh! cuando habia logrado encontrarla!.. Pero la seguiré: la alcanzaré: justamente estan ya enganchados mis caballos.

MARCO, *mirando por la ventana.*

Es cierto.

PRIOLI, *á Marco.*

Haced que arrimen mi silla de postas.

MARCO.

Al instante. (*aparte*) Aprovechemos esta ocasion.

Se oyen por la izquierda latigazos y la corneta de la diligencia.

PRIOLI, *mirando por la ventana de la izquierda.*

Qué es esto? si se volverán atrás...

Mientras está mirando por la venta, Marco toma la capa y el sombrero de Prioli, dejando en su lugar el sombrero de Mascarone.

MARCO.

No tengo otro medio: la noche avanza y no me conocerá el postillon. Corramos.

Vase por la derecha.

PRIOLI.

Ah! es la diligencia de Lucca con mas de treinta viajeros. Tambien han llegado tres sillas de posta. Ay amigos mios! por esta noche no tendreis mas remedio que dormir en la posada de la hospitalidad!.. por señas que la entienden en esta tierra á las mil maravillas. Pero yo tengo ya enganchados mis caballos, y parto inmediatamente... (*se oye el ruido de un carruaje que se aleja*) Eh! qué es lo que veo! (*se dirije corriendo á la ventana de la derecha*) Es mi silla de postas. (*gritando*) Postillon! postillon! Ese bruto se ha emborrachado, y no vé que no hay nadie dentro del carruaje! Va á volver!.. tendrá que ir allá! (*en su aturdimiento se pone el sombrero de Mascarone*) Qué es esto? y mi capa? este no es mi sombrero! me han robado! ladrones! ladrones! socorro!

Arroja el sombrero y sale precipitadamente por la puerta del fondo, atropellando á los viajeros que salen trayendo sombrereras, maletas, paraguas, etc.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion de Ana en la casa del baron Donato. En el fondo, una alcoba con cama ricamente colgada. Dos puertas secretas á uno y otro lado de la alcoba. A la izquierda del proscenio, un balcon y cortinas que le cubren. Al mismo lado, un tocador. A la derecha, una ventana.

ESCENA I.

CESAR DONATO *y* ANA, *estan sentados.*

DONATO.

Si, mi querida Ana: me tiene con cuidado la tardanza de Prioli; si no le ha sucedido ninguna desgracia, merecia muy bien encontrarte ya casada á su regreso.

ANA.

Pero tio mio! por qué es esa ansiedad? yo no tengo prisa de casarme.

DONATO, *riéndose.*

Es que si entre tanto te robase el invisible, llévome el diablo si podria yo darte alcance, á causa de esta picara gota.

ANA.

Os incomoda mucho?

DONATO.

No: ya estoy algo mejor, especialmente desde que tomé el mejor médico de Florencia. Es un hombre de gran talento! cuando empezó á asistirme, la gota no me habia invadido mas que una pierna: en el dia no puedo menear ninguna de las dos.

ANA, *sonriéndose.*

Siendo así, debeis tener esperanza.

ESCENA II.

DICHOS *y* REBECA.

REBECA, *con tono misterioso.*

Señora! Señora!

ANA.

Qué quieres, qué ocurre?

REBECA.

Una aventura mas singular que cuantas nos han pasado.

ANA.

Qué dices?

REBECA.

Os acordais de aquel medallon de brillantes que nos robaron noches pasadas en el camino de Parma?

ANA.

Si: qué hay?

REBECA.

Me le acabo de encontrar en vuestro gabinete, encima de la chimenea.

ANA.

Siempre ese hombre!

DONATO.

Có no! habiais sido robadas...

REBECA.

Si, señor, y por verdaderos ladrones.

DONATO.

Y no me habiais dicho nada.

ANA.

Temia que me riñeseis por haberme puesto en camino de noche.

DONATO.

Sin embargo, quiero saberlo todo, aun cuando no sea mas que para hacer ahorcar á esos bribones. Cuéntame! cuéntame cómo sucedió eso, y por qué casualidad se ha mezclado tambien en ello ese diablo en figura humana.

ANA.

Figuraos que salimos de Parma despues de anochecido. Al pasar por una senda tortuosa que limitaba con un espeso bosquecillo, de repente y como por encanto, tres malvados rodearon nuestro carruaje gritando con voz terrible: «Apeaos: no temais nada: solo queremos el dinero y las joyas.»

REBECA.

Figuraos cual seria nuestro terror.

ANA.

Apenas les habiamos entregado cuanto llevavamos de algun valor, se oyó el ruido de una silla de postas, de la cual se apeó un hombre con la espada en la mano gritando: Aqui está, «Marco! Marco!» Al oir pronunciar este nombre temido, uno de los ladrones esclamó: «Somos perdidos! huyamos!» Yo no veia nada: pero sin duda huyeron aquellos hombres, porque un momento despues, mi libertador estaba á mi lado, y su voz dulce me tranquilizaba, y su brazo trémulo me sostenia.

DONATO.

Era en efecto....

ANA.

Mi invisible, si; pero la noche era oscurisima y el estaba embozado en una larga capa. Quereis que os diga la verdad, tio mio? Aquel hombre á quien apenas pude ver en la posada de Parma, y cuyas facciones me parecieron tan poco seductoras... Oh! no sé como decíroslo; pero sea por el riesgo de que acababa de librarme, sea por el miedo que yo tenia, su voz dulce y tierna, me causaba una conmocion que no podia dominar.

DONATO, *aparte.*

Cáspita! mal sintoma! *(alto)* Y por último te ofrecia el brazo y....

ANA.

Nada de eso: me ayudó á subir en el carruaje, separándose inmediatamente.

DONATO, *aparte.*

No era esa la escuela de mis tiempos!

ANA.

Cuando amaneció me asomé á la portezuela; pero la silla de postas, el invisible, todo habia desaparecido.

DONATO.

Es cosa singular! aunque todo el mundo sabe que el nombre del conde Marco basta por si solo para ahuyentar á los bandoleros de toda Italia. Los ha perseguido tantas veces! Por lo demas, debe de ser muy grato tener siempre un duende á sus órdenes, para cuando ocurre algun peligro.

REBECA.

Eso digo yo; pero mi señora no le dirigio una sola palabra. Cuando una persona nos salva la vida, qué menos ha de hacer una que darle gracias por su buena accion?

ANA.

Qué: ya no te acuerdas de tu apuesta? No conoces que ese es un ardid y que todo en ese hombre es calculado? Quiere aparentar heroismo, amor, para interesarme, para lograr que me apasione de el, y burlarse luego de mi.

DONATO.

Oh! si asi fuese, aun no se ha roto la espada que sirvio en el sitio de Mántua...

ANA, *a Rebeca.*

No dijo que entregaria su nueva victima á la maledicencia de toda Italia?

REBECA.

Señora! el Champagne hace decir tantas cosas!

DONATO, *suspirando.*

Y algo mas que decir!

REBECA.

Y yo apuesto á que os ama mucho mas de lo que él mismo presume.

ANA.

Amar un militar! qué decis de eso, tio?

DONATO.

Hum! no diré yo que su constancia sea ejemplar; pero la culpa la tiene el ministro de la Guerra que les hace cambiar á cada instante de guarnicion. Y quién sabe si el conde Marco es una escepcion de la regla?

ANA.

Le conoceis?

DONATO.

No por cierto: no le he vuelto á ver desde que era un niño. Ya hace cuatro años que estoy reñido con su tio el gobernador de Florencia, quien me ha armado un pleito de mil diablos. Figúrate que me vendió este palacio, y seis meses despues quiso volvérmelo á comprar. Yo le dije, no, amigo mio! os he comprado la casa, he pagado religiosamente el precio, y no estoy arrepentido del contrato. Desde entonces traemos una guerra sorda y continua; pero no le temo, ni tampoco á su sobrino, á quien daré las gracias cuan

do le vea, por lo que ha hecho en tu favor. Le diré: «Caballerito! habeis salvado á mi sobrina de un peligro inminente: eso está muy bien hecho; pero por otra parte la ostigais demasiado, y eso me parece muy mal. Vos sois un bello sugeto; pero mi sobrina os aborrece de corazon. Seamos buenos amigos en adelante, y marchaos con mil diablos.» Asi es como se habla entre jentes que tienen educacion. Pero no hablemos mas de esto: es necesario que te distraigas.—Jacobo!

ESCENA III.

DICHOS *y* JACOBO.

JACOBO.

Señor?

DONATO.

Qué ópera hay esta noche en el teatro de la Pergola?

JACOBO.

Y Puritani, Señor.

ANA, *con viveza.*

Música deliciosa!

DONATO.

Precisamente me toca hoy el turno en mi palco. Estás ya dispuesta?

ANA.

Cuando querais....

DONATO.

Que enganchen inmediatamente.

Váse Jacodo; Ana se sienta al locador; Rebeca saca sus guantes y abanico, y Donato coje un periódico. Se oye música en la calle.

DONATO.

Qué es eso? no nos dejarán en paz esos malditos cantores ambulantes: no se encuentra otra cosa por toda la Florencia. (*escuchando*) Sin embargo... no lo hacen mal.

ANA.

Es cierto..... Rebeca, tírales una piastra.

REBECA.

Voy, Señora. (*arroja una moneda por la ventana de la derecha, y se queda observando*) Calla! no la quieren recojer!

DONATO.

Les parecerá poco. Ya se vé, las bellas artes mendicantes, han encarecido sobremanera.

REBECA.

No, no es eso! nos está haciendo señas con cierto misterio.....

ANA.

Quién?

REBECA.

El director de la orquesta sin duda; un mozo rubio. Sin duda tendrá que decirnos algo.

DONATO.

Qué apostamos á que anda en esto el duende? acaso será algun ajente del conde Marco. (*á Rebeca*) Dile que suba, á ese tunante.

Váse Rebeca.

ESCENA IV.

DONATO, ANA.

ANA.

Cómo! será posible que el Conde.....

DONATO.

Los enamorados se valen de todo para entablar relacion en la casa del objeto que adoran, y los músicos son por lo regular sus mejores auxiliares. Pero yo tengo mucha penetracion, y veremos quién engaña á quién. Aquí está ya: silencio.

ESCENA V.

DICHOS, REBECA *y* MARCO.

Marco viene vestido con el traje que usan los montañeses del Tirol.

REBECA.

Entrad.

ANA, *á su tio.*

Qué traje tan singular!

DONATO.

No le cae mal, sin embargo. (*aparte á Ana*) Y es buen mozo.

ANA.

Pero tiene unas trazas de zopenco!....

MARCO, *aparte.*

Ya estoy dentro de la casa: procuremos alejar de aqui al viejo.

DONATO.

Tienes que decirnos alguna cosa importante?

MARCO.

Eh! puede ser..... eso consistirá, segun y como hagamos nuestro convenio.

MARCO.

Yo os diré...... no habeis recibido de Inglaterra una sobrina jóven y bonita?

DONATO.

Seguramente: esta es.

MARCO.

Que sea esa ó la otra, para mi es igual. Pero vamos al asunto; vos teneis interés en guardarla?

DONATO.

Qué pregunta!

MARCO.

Lo digo porque dentro de dos horas no estará ya en vuestro poder.

ANA, *se levanta sobresaltada.*

Qué dice?

DONATO.

Con que hay fraguado un complot.....

ANA.

Y es el Conde Grimani.....

MARCO.

Puede ser.

ANA, *á Donato.*

No os dije yo que era hombre audaz?

REBECA.

Y perseverante.

DONATO, *á Marco.*

Y sin duda habrá querido hacerte cómplice en ese crimen.

MARCO.

Si: y yo he consentido inmediatamente.

DONATO.

Pero luego habrás tenido remordimientos...

MARCO.

Ba! no!

DONATO.

Qué dices?

MARCO.

Pero me adelantó el dinero, y yo dije para mi, esto ya está seguro, y si el tio me diera mas por pasarme á su partido.....

DONATO.

Se lo volverias.

Saca la caja y toma un polvo.

MARCO.

Que simpleza! *(tomando un polvo)* no señor! tomaria tambien el vuestro; porque..... ya veis, cuando uno puede obrar en conciencia, á qué se ha de esponer.....

ANA, *á Donato.*

Y á eso le llama obrar en conciencia!

DONATO, *aparte.*

Estos bárbaros tienen un modo de raciocinar que pasma! *(alto)* Y cuánto te ha dado el Conde por servirle?

MARCO.

Treinta zequies.

DONATO, *le da un bolsillo.*

Toma: en ese bolsillo debe de haber á lo menos el doble.

MARCO.

En ese caso, yo os seré doblemente fiel.

DONATO, *aparte.*

Ya es mio.

MARCO, *aparte.*

Ha caido en el lazo.

ANA, *aparte, á su tio.*

Y podriais serviros de semejante hombre!

DONATO, *aparte, á Ana.*

Y por qué no? es un aliado que le escamoteo: este es un ardid de guerra; cuyas consecuencias verás pronto. *(á Marco)* Con que dices que el Conde quiere robar á mi sobrina.

MARCO, *bajando la voz.*

La góndola y los barqueros que deben conducirla, estan ocultos bajo el primer arco del puente del Palacio viejo. Si os quereis cerciorar por vos mismo.....

DONATO, *aparte, á Rebeca.*

Dile á Jacobo que vaya á ver si es cierto.

MARCO, *aparte.*

Qué diablo! no es eso lo que yo queria.

ANA, *conmovida.*

Pero si el Conde abrigara esa intencion, no le hubiera sido mas fácil hacerlo en el camino de Parma, cuando me tuvo en su poder?

MARCO, *con viveza.*

Esa accion hubiera sido indigna de un caballero. *(mirándola con ternura)* Y ademas, puedo deciroslo confidencialmente: desde aquel momento, os ama mas que nunca; os ama como á ninguna otra mujer ha amado.

ANA.

Ah! eso quisiera!

MARCO, *con esperanza.*

Cómo?

ANA.

Si; para que fuera muy desgraciado: para vengarme; porque jamás seré suya.

MARCO, *volviendo á tomar su aire rudo.*

Quién sabe? todo será que se empeñe.

DONATO.

Yo le ofrezco que no se saldrá con la suya.

MARCO.

Yo creo que si.

DONATO.

Digo que no.

MARCO.

El Conde ha apostado á que la roba, dándoos primero aviso del dia y la hora.

DONATO, *exaltándose.*

Eso, lo veremos! cuando las puertas de una casa estan bien guardadas.....

MARCO.

Quedan las ventanas.

DONATO.

Se cierran.

MARCO.

Se entra por las chimeneas.

DONATO.

Se las tapa.

MARCO.

Aun le queda.

ANA.

Seria capaz.....

DONATO.

Tranquilizate.

ANA.

Pero eso ya es horrible.

MARCO.

No tal! cuando uno está enamorado, no hay obstáculos que le detengan. Preguntádselo á vuestro tio, que sin duda se acordará.....

DONATO

Tiene razon! cuando uno está enamorado.....

ESCENA VI.

DICHOS, *y* REBECA, *que sale precipitadamente.*

REBECA, *á Donato.*

Es cierto lo que ha dicho ese hombre! Jacobo ha visto una góndola amarrada debajo del puente, y algunos marineros embozados.

DONATO.

Esto se va formalizando.

ANA, *á Donato.*

Yo tengo miedo, es preciso que tomeis algun partido.

DONATO.

Seguro! es preciso tomar inmediatamente un partido...... pero cuál?

MARCO.

Lo que debeis hacer, es llevar vuestra sobrina á vuestra casa de campo, donde queriais conducirla.

DONATO.

Cómo! tú sabes..... quién te lo ha dicho?

MARCO.

Quién habia de ser? el Conde.

ANA.

Todo lo sabe!

DONATO.

No se ha visto cosa semejante! es preciso que tenga espías hasta en mis bolsillos.

MARCO.

Quién sabe!..... si quereis, yo me encargo de conducir á la señora por una senda estraviada, y vos podeis aguardar aqui.....

DONATO.

No, yo no me separo de mi sobrina.

MARCO.

Otra cosa; no podiais ir á quejaros al gobernador?

DONATO.

A su tio! ese zorro viejo! no, amigo mio, no: seria capaz de ponerse de parte de su sobrino para hacerme caer en la emboscada, y por otra parte, durante mi ausencia podia venir el Conde.....

MARCO.

Y si os digo que ha venido ya?

DONATO.

A mi casa?

MARCO.

Aqui mismo.

ANA.

Despues de mi llegada?

MARCO.

Esta misma mañana.

ANA.

Es posible!

MARCO.

Y puede que esté todavia.

TODOS.

Todavía!

DONATO, *turbado.*

Ese hombre es un demonio!

ANA.

Ya veis si tengo razon para aborrecerlo. Tio mio, no quiero esponerme saliendo de casa: ya no voy al teatro.

Entrega á Rebeca el abanico y los guantes: esta va á aguardarlos, y vé la carta en el cajon del tocador.

DONATO.

Pero no hay necesidad de alarmarse tan pronto.

REBECA.

Ah!

ANA, *asustada.*

Qué es eso?

DONATO, *levantando el baston.*

Quién está ahi?

MARCO, *con indiferencia.*

Habeis visto algo?

ANA, *cojiendo la carta y abriéndola.*

Tiene razon este hombre: el conde Marco ha estado aqui. Mirad, una carta!

DONATO.

A ver? lee.

ANA, *leyendo.*

Son las diez....

MARCO, *sacando su reló.*

Va atrasado: ya hace rato que dieron.

DONATO.

Calla!

ANA, *leyendo.*

« Son las diez y me encuentro aqui, á vuestro lado, aguardando á que desperteis de vuestro dulce y tranquilo sueño » (*confusa*) Qué atrevimiento!

REBECA.

A vuestro lado!

DONATO.

Prosigue.

ANA, *lee.*

« Habeis jurado que no dareis nunca oidos á mi amor'.. y por qué? Ah! por piedad, que una palabra compasiva aliente mi esperanza! revocad mi sentencia. » (*arrojando la carta*) Pero dónde está ese hombre?

REBECA.

Quién puede saberlo? un duende...

DONATO.

Yo no encuentro en eso nada de particular. Habrá entrado aqui alguno de sus espias, algun criado, y como ha encontrado abierto...

MARCO.

Eso debe de ser.

DONATO.

Vosotras teneis la culpa: á que no me escribe á mi el señor Conde: apostamos? (*saca su caja y al ir á tomar un polvo saca de ella un papel*) Qué es esto? un papel! (*lee*) « Vigilancia señor Baron! el bloqueo queda establecido. »

ANA.

Lo veis?

DONATO, *furioso.*

Esto es insoportable! penetrar hasta en mi caja de tabaco!

MARCO.

Es una insolencia.

DONATO.

El bloqueo queda establecido! Si pensará intimidarme?

MARCO, *escitándole.*

Hú! sin duda no conoce vuestro carácter.

DONATO.

No, no me conoce! Pero... qué ocurrencia! (*á Ana*) Ha caido en la trampa: vamos ahora mismo á ver al ministro de la Guerra.

MARCO, *con inquietud.*

A ver al ministro de la Guerra?

DONATO.

Para hacer que ponga preso en la cindadela á ese trastuelo: su regimiento está de guarnicion en Cortona, y él ha venido á Florencia sin permiso del gobierno. Ah! él no espera sin duda esta sorpresa.

MARCO, *aparte.*

Voto al diablo! tiene razon, y si no lo impido á tiempo...

DONATO, *á Rebeca.*

Llama á todos los criados.

REBECA.

Voy al punto.

Vase.

MARCO.

No me necesitais ya?

DONATO.

No; pero te encargo que no pierdas de vista al Conde hasta el momento en que le prendan. Sabes tú dónde está?

MARCO.

Come él mismo.

DONATO.

No le digas nada.

MARCO.

Se entiende!

DONATO.

Y cuando le echen la zarpa, y le encierren entre cuatro paredes... eh? ja! ja!

MARCO.

Ja! ja! tendrá gracia eso! ja! ja! (*aparte*) Contraminemos, ó soy perdido. (*alto*) Yo os respondo de que no se me escapará

DONATO.

En ti confio.

Vase el Conde.

ESCENA VII.

DONATO *y* ANA.

ANA, *aparte, pensativa.*

Si me amará en en efecto!... oh! no... no es posible!

DONATO.

Voy á presentarte al ministro de la Guerra, y de camino obtendré la órden para que encierren al invisible donde no vea por algunos dias el sol. Pero qué es lo que tienes? desearias entrar en capitulaciones?

ANA, *con resolucion.*

De ningun modo, y puesto que desea obtener una contestacion definitiva, le voy á escribir en este momento.

DONATO.

Escelente idea.

ANA.

Y le dejaré aqui mi carta: veremos si se atreve á venir por ella.

DONATO.

Muy bien.

ANA, *escribe.*

Voy á manifestarle lo ofendida que me tiene con su odiosa conducta.

DONATO.

Eso es: un manifiesto! una declaracion de guerra! magnífico!

REBECA, *saliendo.*

Aqui estan todos los de casa.

ESCENA VIII.

DICHOS, REBECA, JACOBO *y criados de Donato.*

DONATO.

Oid con atencion las instrucciones que voy á daros. (*á uno*) Tú, corre á avisar á la policia de que se intenta cometer un atentado en mi casa. (*á otro*) Tú rondarás alrededor de la casa.—Vosotros todos, ojo alerta, y estad dispuestos á la primera señal de alarma. (*á las criadas*) Vosotras guardareis silencio... si os es posible. (*á Ana*) Has acabado ya?

ANA.

Si, señor. (*colocando la carta en el espejo del tocador*) Si el Conde acostumbra hacer alarde de las cartas de sus queridas, dudo mucho que lo haga con esta.

Donato coje su sombrero y baston, y da el brazo á su sobrina.

JACOBO.

Ya está á la puerta el coche.

DONATO.

Vamos á ver al ministro. Vosotros no olvideis lo que os he dicho: si veis alguna persona sospechosa, aseguradla bien.

Vánse todos: cuando el teatro ha quedado solo se abre la puerta secreta que está á la derecha de la alcoba de Ana y sale Marco.

ESCENA IX.

MARCO, *solo, sale con precaucion.*

Muy bien! el pobre-Baron no perdona diligencia para impedirme la entrada, sin saber que yo conozco esta casa mucho mejor que él. (*señalando á la puerta secreta*) Esa puerta que yo hice abrir cuando vivia aqui con mi tio, para facilitar mis escapatorias, me ha servido ahora á las mil maravillas. (*mirando en derredor suyo*) Mis medidas estan bien tomadas: Ana volverá aqui, mientras que el Baron... Ana! oh! cuánto deseo arrojarme á sus pies, implorando mi perdon! Porque desde que la he visto aqui, tan candorosa, tan tímida; al oir su voz dulce y penetrante.... Oh! quisiera ocultármelo á mi mismo; pero creo que la amo: creo que daria mi vida por obtener su amor. (*mirando al tocador*) Qué veo! una carta! será para algun rival?... No: el sobre dice: «A mi perseguidor.» Por lo visto es para mí: veamos lo que me dice. (*leè para sí*) Está irritada contra mi! qué haré para reconciliarme con ella?—Pero si no me engaño, alguien sube por la escalera! será ella! No... es un hombre!... quién será?

ESCENA X.

MARCO *y* PRIOLI; *este sale por la derecha pálido y en el mayor desorden.*

PRIOLI, *sin ver al Conde.*

A Dios gracias he llegado.

MARCO, *aparte.*

Este es el futuro á quien birlé la silla de postas. El diablo le lleve!

PRIOLI, *sentándose.*

Quisiera encontrar á alguno que tuviese la

bondad de decirme á punto fijo, si estoy vivo ó muerto: yo por mi no lo sé. Pero á lo que veo, el palacio está desierto! es verdad que yo me he entrado por la puertecilla del jardin...

MARCO.

La que yo dejé abierta! que torpeza!

PRIOLI, *viendo á Marco que se entra en la alcoba.*

Gracias que encuentro un sér animado.

MARCO, *aparte.*

Es preciso alejarle de aqui á todo trance. (*alto*) Ah! sois vos, señor Prioli? á fe mia, ya no esperábamos volver á veros.

PRIOLI.

Sois de la casa?

MARCO.

Si señor!... Pero qué es lo que os ha sucedido? venis todo el mudado.

PRIOLI.

No me hableis de eso: me han pasado tantas cosas!.. (*mirándole con atencion*) Pero, calla! yo creo haberos visto ya otra vez... no sé donde; pero de seguro os conozco ya.

MARCO.

No es dificil... pero estais ya mejor?

PRIOLI, *sin dejar de mirarle.*

Figuraos que á la salida de Parma, me escamotearon la silla de posta.

MARCO.

Sin que lo conocieseis?

PRIOLI.

Ya lo vi: pero fue tarde: asi fue que tuve que venir corriendo la posta á pie, hasta que en un pueblecillo logré encontrar un jaco tuerto, cojo, y con un paso... De seguro os he visto ya en otra parte: me recordais en este momento.....

MARCO, *aparte.*

No acabará nunca, y si entre tanto viniese...

PRIOLI.

Pero yo estaba furioso, y en nada reparé: lanceme exasperado sobre el paciente animal, volvi á tomar el camino, y ya estaria aqui hace tiempo sino hubiera caido.....

MARCO.

En el rio?

PRIOLI.

No: en manos de una partida de bandoleros.

MARCO.

Ah!

PRIOLI, *sin dejar de mirarle.*

Que por mas señas estaban de un humor de los diablos, porque habian errado no sé qué golpe...

MARCO, *aparte, conteniendo la risa.*

Ya caigo! los mismos que yo dispersé.

PRIOLI.

Se arrojaron sobre mi como buitres... No hay duda en que yo os he visto otra vez! habeis sido por casualidad lad...

MARCO.

Eh?

PRIOLI.

Perdonad: que es lo que estoy diciendo? Yo les adverti que era el hijo de Podestá de Pádua; pero esta consideracion solo sirvió para irritarlos mas; me pidieron el dinero, yo monté en colera, y acabé por darles cuanto tenia, porque, amigo mio, la audacia casi siempre cuesta cara. Cada vez me voy convenciendo mas de que... Teneis la bondad de decirme quién sois?

MARCO.

El jardinero del señor Baron.

PRIOLI.

Pues, y Paolo?

MARCO.

Ha abandonado su servicio.

PRIOLI.

No es posible! era su criado mas fiel.

MARCO.

Es que... ha muerto.

PRIOLI.

Ya! entonces, hay que darle la razon.

MARCO, *aparte.*

Pero no acaba de irse! estoy en brasas!

PRIOLI, *volviendo á sentarse.*

Pero... y el viejo y mi futura? dónde estan?

MARCO.

Han ido á los jardines de Biboli, y si quereis encontrarlos...

Queriendole hacer salir.

PRIOLI, *arrellanándose.*

Sin duda estarás impaciente, eh?

MARCO.

Hum!...

PRIOLI.

Qué es eso? rezas?

MARCO, *aparte.*

Se me ocurre una idea!

PRIOLI.

Qué quereis darme á entender con tanto misterio?

MARCO.

Es que... ya veis, el mundo da mil vueltas...

PRIOLI.

Si: ya sé que es redondo.

MARCO.

Debeis saberlo, y por lo tanto, no estrañareis que la viuda...

PRIOLI.

Qué tiene la viuda?

MARCO.

Está indignada contra vos!

PRIOLI.

Por qué? porque no he logrado alcanzarla?

MARCO.

Seguro.

PRIOLI.

Está picada.

MARCO.

Pues! y os ha cobrado una aversion...

PRIOLI.

Solo por eso? no es posible.

MARCO.

Yo no queria decíroslo; pero ya que lo dudais, veremos si decis lo mismo despues de leer esta carta.

PRIOLI.

De la viuda! me ha escrito!

MARCO.

Leed, leed!

PRIOLI, *leyendo.*

« A mi perseguidor. » Eh? quereis decirme lo que he hecho para que me llame su perseguidor?

MARCO.

Ya lo sabreis; adelante.

PRIOLI, *leyendo.*

« Puesto que me seguis con tanto empeño... » Pues me gusta! no tengo yo la culpa, sino su tio que fue el que me metió en ello. Qué injustas son las mujeres!

MARCO.

A quién se lo decis!

PRIOLI, *leyendo.*

« Voy á desengañaros de una vez, hablándoos con toda franqueza. Es cosa cruel que os empeñeis de ese modo en ostigar á una pobre mujer, queriendo poseerla á pesar suyo » A pesar suyo!

MARCO.

Si: como ese casamiento se ha decidido sin consultar con su voluntad.

PRIOLI.

Pues eso se está viendo todos los dias! (*leyendo*) « Esa conducta es digna de un hombre, que no se ocupa en otra cosa que en seducir á todas las mujeres. » Hola! si la habrán contado alguna de mis aventuras!

MARCO.

Como habeis tenido tantas!

PRIOLI.

Asi, asi... (*lee*) « Renunciad á vuestros proyectos, no os presenteis nunca delante de mí, y este será el único medio de que lo olvide todo y os perdone. » Gracias por el favor!

MARCO, *aparte.*

Si yo mismo la hubiese dictado, no estaria mas á mi gusto.

PRIOLI.

Me han calumniado, jardinero! me han calumniado atrozmente! pero yo sabré justificarme y probar...

MARCO, *llevandole invisiblemente hácia la puerta.*

Pero eso no puede ser en este momento. Esa mujer tiene una cabeza volcánica!

PRIOLI.

Si?

MARCO.

Os arrojaria de su presencia sin querer escucharos, y todo lo echabais á perder. Lo que debeis hacer es alejaros de aqui por algun tiempo; y... Dios mio! es ella! no ois el coche!

PRIOLI.

Vendrá acompañada de su tio?

MARCO.

No: debe venir sola.

Empujándole hácia la puerta.

PRIOLI.

Pues bien: aprovecho esta ocasion, me arrojo á sus pies, y...

MARCO.

No hagais tal.

PRIOLI.

Dejadme.

MARCO.

No veis que habiéndoos prohibido...

PRIOLI.

Por la misma razon.

MARCO.

Y os parece decoroso que os encuentre asi de noche, en su misma alcoba...

PRIOLI.

Ah! es verdad, se indignaria: y luego, la buena moral, como me decia aquel bárbaro... el de la fonda de Parma. (*aparte*) Cuando digo que yo he visto á este hombre...

REBECA, *dentro.*

Una luz!

MARCO.

Huid!

PRIOLI, *aturdido.*

Pero por donde?

MARCO.

Por ese lado.

Señalando á la derecha.

PRIOLI.

Viene una mujer con luz.

MARCO.

Escondeos en ese balcon: pronto!

PRIOLI.

Escelente idea! la cantaré «Yo son Lindoro....» acaso la comprometa: es el mas seguro medio de seducir á las mujeres.

MARCO.

Silencio.

PRIOLI.

Me dareis luego salida?

MARCO.

Inmediatamente que haya ocasion.

PRIOLI, *saliendo al balcon*

Está lloviendo á cántaros, y justamente hay aquí una canal... si tuvieseis la bondad de darme un paraguas!

MARCO.

Callad! (*le encierra*) Aun cuando pase alli toda la noche no perderá nada.

Se oculta en la alcoba.

ESCENA XI.

DICHOS, ANA *que sale por la izquierda y* REBECA *por la derecha con una luz.*

ANA.

Rebeca! Rebeca!

REBECA.

Sois vos, Señora? pronto habeis dado la vuelta.

ANA, *dejandose caer en una silla.*

Dejadme respirar.

REBECA.

Se ha acabado ya la ópera?

ANA.

No sé: ni aun hemos entrado en el teatro.

REBECA.

Y vuestro tio?

ANA.

Ha recibido órden de presentarse al gran Duque, y me temo que haya en esto algun objeto...

REBECA.

Qué decis?

ANA.

Cuando llegamos á la casa del señor ministro de la Guerra, un oficial abrio la portezuela del coche y dijo a mi tio: «señor Baron, es preciso que me sigais: os han comprometido en un asunto de suma gravedad, y es necesario que os justifiqueis inmediatamente.» Mi tio dijo que era una calumnia, y que conocia muy bien que todo aquello era un complot fraguado por el Conde: pero todo fue inútil: le hicieron subir á otro carruaje, y solo tuvo tiempo para decirme que partiésemos mañana para nuestra casa de campo, adonde iria él á buscarnos.

REBECA.

Estoy aturdida.

ANA.

Mientras ese hombre esté en Florencia, siempre creeré tenerle á mi lado: y ahora que he conseguido separarme de mi tio, sin duda intentará... cierra todas las puertas, Rebeca.

REBECA.

Bueno es precavernos.

Cierra las puertas.

ANA.

Y toma las disposiciones necesarias para la marcha. Mañana al rayar el dia, partiremos.

REBECA, *encendiendo en la alcoba una lamparilla.*

Avisaré á Jacobo. No quereis que os haga compañía?

ANA.

No: para qué?

REBECA.

Buenas noches. Si me necesitais para algo, no teneis mas que llamarme. No seré yo quién me acueste.

Vase.

ESCENA XII.

ANA, *sola.*

Qué empeño y que constancia en perseguirme! nada le hace desmayar! Verdaderamente voy creyendo que me ama, y que no he tenido razon para tratarlo con tanta crueldad. Yo no sé por qué nos ofendemos de que un hombre nos ame, aunque, como el Conde, sea feo. Si yo hubiera podido hablarle una sola vez, le hubiera hecho comprender lo atrevido de su conducta, y cuan indigno es de un caballero, oprimir á una pobre mujer y contrariar sus inclinaciones. (*se levanta*) Si, si... no quiero que lea esa carta: voy á rasgarla. Pero qué veo! no está ya! ha venido á buscarla, y aca-

so está aqui todavia viéndome y oyendo cuanto digo. Esto es horrible! no está una segura en ninguna parte! donde quiera hay ojos que... Rebeca! Rebeca!

Sale Marco de la alcoba despues de apagar la luz.

ESCENA XIII.

ANA, MARCO.

MARCO.

No llameis.

ANA, *aparte.*

Dios mio! es él! oh! no puedo tenerme en pie!.. sola... en medio de la noche!..

MARCO.

Ana?

ANA, *con terror.*

Caballero, no os acerqueis.

MARCO.

Nada temais! yo os ofrezco no moverme de aqui; pero decidme una sola palabra, y os libro para siempre de mi presencia.

ANA.

Si: es su misma voz..... pero es una crueldad hablar de ese modo, y ocultar siempre el rostro.

MARCO.

Me negareis este favor?

ANA, *conmovida.*

Caballero: aun cuando semejante conversacion á esta hora y en este sitio, sea sumamente singular, os escucharé con tal que me prometais no acercaros. Veamos lo que teneis que decirme para sinceraros.

MARCO.

Sincerarme! no es posible, Señora: conozco que he sido muy culpable.

ANA.

Oh!

MARCO.

Si: teniais razon cuando deciais hace poco, que es indigno de un caballero perseguir á una pobre mujer y contrariar sus inclinaciones. Pero si supierais cuánto os amo! oh! y en vano he querido desterrar este afecto de mi corazon.

ANA, *aparte.*

Dice bien: eso no depende de nuestra voluntad.

MARCO, *acercándose.*

En vano he resistido esta pasion vehemente: en vano, escitado por mis amigos, quise engañarme y hacer objeto de mi orgullo y de mi vanidad á la mujer que sin saberlo adoraba; pero bien castigado he sido, Señora! porque vuestro recuerdo no se apartará nunca de mi, y seré el mas desdichado de los hombres.

ANA.

Caballero! me parece que os vais acercando!

MARCO, *alejándose.*

Ya sé que me aborreceis, y la sola prueba que os puedo dar de mi amor, es libraros de mi presencia. Sin embargo, tendré valor para ello: en este momento parto muy lejos de vos, donde no volvais á oir hablar nunca de mi.

ANA, *enternecida.*

Qué decis?

MARCO, *acercándose.*

A ese precio, me rehusareis el perdon de mis locuras?

ANA.

Rehusaros mi perdon! no, no!.... pero marcharos al instante.

MARCO, *acercándose mas.*

Es sincero ese perdon?

ANA.

Sí, muy sincero; pero marchaos.

MARCO, *con timidez.*

Y si yo os pidiese una prenda.....

ANA.

Una prenda.....

MARCO, *alargando la mano.*

Vuestra mano en señal de reconciliacion y olvido.

ANA, *turbada.*

Mi mano!

En este momento encuentra el Conde la mano de Ana y se la coje rápidamente.

MARCO.

Ah! no la retireis! este es el último instante que gozo de ventura en la tierra! porque conozco que no he de poder sobrevivir á vuestra pérdida, y ya no tengo otra esperanza que la de librarme de este suplicio eterno.

ANA, *aparte.*

Dios mio! (*abandonándole la mano*) No digais eso, caballero!

MARCO.

Qué teneis, Ana? mis recuerdos no os per-

seguirán: el único consuelo que llevaré conmigo, es el de que no habeis visto nunca al hombre que aborreceis.

ANA, *aparte.*

Oh! sí! ese es el mal.

MARCO.

Y ya..... no le conocereis nunca.

ANA, *aparte.*

Nunca! me dan tentaciones de volverle á ver! quizá me haya engañado; pero no hay luz.....

MARCO.

Adios, Ana!

Besa la mano de Ana: esta se dirije á la chimenea y tira del cordon de la campanilla.

ANA.

Ah!

MARCO.

Qué haceis?

ANA.

Rebeca, pronto una luz.

REBECA, *dentro.*

Voy, voy!

MARCO.

Quereis obligarme á que os deje! adios.

Vase por la puerta secreta en el momento en que sale Rebeca con una luz que coloca sobre el tocador.

ESCENA XIV.

ANA, REBECA.

REBECA.

Qué es eso, Señora? qué ocurre?

ANA.

No está ya!

REBECA.

Quién?

ANA, *sin escucharla.*

No puede haber salido de aquí: todo está cerrado!

REBECA, *asustada.*

Habeis visto á alguien?

ANA, *turbada.*

Si: un hombre que se ha introducido aquí, no sé como, que está oculto sin duda en esa alcoba.....

REBECA.

Algun ladron! voy á llamar á los vecinos (*abre el balcon y grita*) Ladrones! lad..... (*ve á Prioli en el balcon y dá un grito, corriendo al lado opuesto donde esta Ana*) Ah! alli está.

ANA, *reconociendole.*

No podia haberse escapado.

REBECA.

Es el pícaro duende!

ESCENA XV.

DICHAS, y PRIOLI.

PRIOLI, *cantando y tiritando de frio.*

Yo son Lindoro..... »

ANA, *aparte.*

El es!

PRIOLI.

No he perdido una sola gota: dos canales se han cruzado sobre mi cabeza! Ah! estoy hecho una sopa.

ANA, *aparte, mirandole y suspirando.*

Hace bien en no querer que le veais.

PRIOLI, *asomando la cabeza.*

Perdonadme, Señora, si me he entrado así..... sin hacerme anunciar.

ANA.

Por qué os habeis escondido ahí?

PRIOLI.

Por qué? porque tenia miedo de desagradaros si me presentaba delante de vos.

ANA.

Entrád, entrad! no esteis ahí por mas tiempo.

REBECA.

Qué haceis ahí?

PRIOLI.

Ya veis: estoy calado hasta los huesos, y no quisiera presentarme en este estado.....

ANA, *aparte, con terror.*

Sin duda quiere llevar á cabo su horrible designio! (*haciéndole entrar*) Venid aquí á mi lado.

PRIOLI.

A vuestro lado!

ANA.

Os lo suplico! (*aparte*) Qué feo es!

PRIOLI, *saliendo.*

Sois muy amable! (*aparte*) Parece que no está ya tan enfadada.

ANA, *aparte, á Rebeca.*

Cierra el balcon: quiere arrojarse á la calle!

REBECA.

Virjen santa!

Cierra el balcon y se coloca delante de el.

PRIOLI.

Permitid que me retire.....

ANA, *deteniéndole.*

No: no saldreis de aqui.....

PRIOLI.

Señora! voy á pillar un catarro.

ANA.

Si no me prometeis renunciar á vuestro fatal proyecto.....

PRIOLI.

A mi proyecto!

ANA.

Si: yo os lo ruego.

REBECA.

Las dos os lo rogamos.

PRIOLI.

No os entiendo.

ANA.

Quereis suicidaros!

PRIOLI.

Yo! en la vida me ha dado semejante tentacion.

ANA.

Si tal.

REBECA.

No lo negueis.

PRIOLI.

Me lo harán creer.

ANA.

No me lo habeis dicho hace poco, cuando estabais aqui á mis pies?

PRIOLI, *acalorándose.*

A vuestros pies!

ANA.

Si.

PRIOLI.

Pero..... si hace una hora que estoy encerrado en ese balcon! aqui estan mis vestidos que lo pueden decir.

ANA.

Oh! señor Conde! semejante negativa......

PRIOLI.

Yo Conde!

ANA.

Si: os conocemos perfectamente.

PRIOLI.

Ya lo voy viendo. Con quién creeis que estais hablando, Señora?

ANA.

Con el conde Marco Grimani.

PRIOLI.

Con el conde Marco! ese calaveron!

REBECA.

El mismo se hace justicia.

PRIOLI.

Os juro que.....

ANA.

No penseis engañarnos: sois el conde Marco.

REBECA.

Así es.

PRIOLI.

Esto es cosa de volverse loco! Señora, yo soy Prioli... Prioli vuestro futuro.

ANA.

Prioli!

REBECA.

Está buena la salida.

ANA.

Eso es muy mal hecho, caballero! tomar el nombre de un rival...

PRIOLI.

Yo tomo lo que es mio: y aun cuando el mismo diablo sea el que nos traiga enredados, no podrá quitarme que yo sea un Prioli, como lo fueron mi padre y mi abuelo y...

ANA.

Será posible? (*aparte*) Esta no es su voz, ni ese su modo de hablar! aqui hay algun misterio...

DONATO, *dentro.*

Bien está, bien está. Cerrad todas las puertas.

ANA, *con alegria.*

Mi tio!

REBECA.

El Señor Baron.

PRIOLI.

Me alegro! asi os convencereis...

ANA, *aparte.*

Quiéralo Dios!

ESCENA XVI.

DICHOS y DONATO.

DONATO, *desde dentro.*

No dejeis salir á nadie.

ANA, *abrazándole.*

Tio!

REBECA.

A Dios gracias que os vemos.

DONATO.

Sí: y me atrevo á creer que he llegado á tiempo... (*viendo á Prioli*) Qué veo! Prioli.

ANA y REBECA.

Prioli!

PRIOLI, *con aire de triunfo..*

No lo decia yo.

DONATO.

De donde diablos salis ahora?

PRIOLI.

Acabo de llegar de Inglaterra... por agua.

Señalando al balcon.

ANA, *aparte, con alegria.*

Con que no era el!..

PRIOLI.

Pero no me quejo de mi desventura y trabajos: esta linda mano vá a recompensarme.

DONATO, *con tono brusco.*

Su mano! lo siento mucho, querido; pero la mano de mi sobrina no es para ti.

PRIOLI.

Como!

ANA, *gozosa.*

De veras?

DONATO.

Ya lo ves! no te quiere.

PRIOLI.

Eso no se consigue en un dia.

DONATO.

A la pobre niña la han encantado, y á mi tambien, querido Prioli: y cuando os cuente la aventura diabolica que acaba de sucederme...

PRIOLI.

Una aventura!

ANA, *con temor.*

Vuestro arresto...

DONATO.

Yo crei que iban á conducirme á la cindadela; pero fue mucho peor! qué complot infernal!

ANA.

Pues qué?

DONATO.

El carruaje á que me hicieron subir, me condujo indirectamente...

PRIOLI.

A algun castillo?

DONATO.

No: á un magnifico palacio. Subo la escalera; entro, y veo...

PRIOLI.

Soldados?

DONATO.

Una mesa magnificamente puesta, con veinte cubiertos, champagne..

PRIOLI.

Qué pedrada!

DONATO.

No es eso de lo que yo me quejo. En un instante me encontré rodeado de mis antiguos camaradas, y entre ellos estaba tambien el gobernador, procurando interceder por su sobrino...

ANA, *inquieta.*

El conde Marco!

DONATO.

Pero yo los rechacé con firmeza, los hable sério, y... me senté á la mesa. Mientras yo comia y bebia sin decir palabra, ellos procuraban rendirme con toda clase de promesas y seducciones. El gobernador me decia... Vamos mi antiguo camarada! dejémonos de pleitos: renuncio á mis derechos, pero hagamos felices á esos muchachos. — El Conde es un tarambana! gritaba yo. — Pero todos me confundian...

Marco, en traje de sociedad, sale por la puerta secreta y escucha con ansiedad avanzando lentamente á la escena.

MARCO.

No puedo resistir mas!

ANA.

Cómo! y habeis podido resistir....

PRIOLI.

Ha hécho bien! el Conde es un fatuo, un libertino... y si estuviese aquí, yo le diria...

MARCO, *acercándose y cogiéndole la mano.*

Yo soy, caballero.

PRIOLI, *dando un grito.*

Ah!

ESCENA XVII.

DICHOS y MARCO.

ANA, *aparte, mirando á Marco y sonriéndose.*

Oh! es muy diferente!

DONATO, *aparte.*

Ya sabia yo que vendria.

PRIOLI.

Esta cara me persigue por todas partes, y no hay duda que...

DONATO.

Aqui el conde Marco!

REBECA.

El invisible!

ANA, *con timidez.*

Sois vos...

MARCO, *conmovido.*

Si, Señora: yo soy ese hombre á quien tanto aborreceis, y que tiembla en este momento en que se va á decidir su suerte, porque

os adora, Ana ! Es cierto que os ofrecí huir de vos; pero no he tenido valor para cumplir mi promesa, y vengo decidido á disputar vuestro cariño al mundo entero. (*al Baron*) Si, señor, ese hombre á quien habeis elegido para esposo de Ana, ha de morir á mis manos.

PRIOLI, *aparte.*

Y me mira! pues no soy yo.

DONATO.

Pues bien: mataos á vos mismo.

MARCO.

Es posible!

ANA.

Ah !

PRIOLI.

El viejo chochea !

DONATO.

A no ser que mi sobrina se oponga...

ANA.

No, no... tio! Yo, solo tenia miedo del Conde que conocia. (*mirando á Prioli*) Y luego, aborrecia demasiado al verdadero... para no acabar por amarle.

MARCO, *besándola la mano.*

Ah! cómo haré para merecer tanta ventura!

PRIOLI, *aparte.*

Yo me ahogo! la ropa se me ha secado en el cuerpo ! (*alto*) Querido Baron, habeis partido muy de lijero ! esto no puede quedar así.

DONATO.

Eh !

PRIOLI, *gritando.*

No, y mil veces no. Caballero ! me debeis...

MARCO.

Una silla de postas ! ya está en vuestra casa.

PRIOLI.

En hora buena ! de otro modo.... nos hubiéramos visto las caras.

FIN DE EL GALAN INVISIBLE.

Madrid 1844.--Imp. de D. PEDRO MORA Y SOLER, calle del Fomento, n. 7

MUSEO DRAMÁTICO.

COLECCION DE COMEDIAS DEL TEATRO ESTRANJERO, EJECUTADAS EN LOS PRINCIPALES DE LA CORTE.

Lleva publicadas las comedias siguientes y por el orden que se espresa.

	Rs.		Rs.
La Tercera Dama Duende	6	El robo de Elena	3
El Ciego	3	El hijo de Cromwell, ó una restauracion	6
El Tio Pablo ó la educacion	4	El Duque de Altamura	6
La Penitencia en el Pecado	6	¿Quién será su padre?	4
Un Soldado de Napoleon	4	¡Es un niño!	4
La Hija de Cromwell	3	De una afrenta dos venganzas	6
Un Casamiento provisional	3	Pedro el Negro	6
En Paz y jugando	3	El Hijo del emigrado	6
Arturo, ó los remordimientos	3	Por no escribirle las señas	3
Una Audiencia secreta	6	El secreto de una madre	6
Trapisondas por bondad	3	El Ingeniero ó la deuda de honor	6
Un Quinto y un párvulo	3	Enrique de Trastamara, ó los mineros	6
Ricardo el negociante	6	Un mal Padre	6
El Marido desleal	6	La ópera y el sermon	4
Los Celos	6	Caer en el garlito	6
El Idiota	6	El amante misterioso	4
Las Cartas del Conde-Duque	4	Dos muertos y ningun difunto	4
Halifax, ó pícaro y honrado	6	La Favorita	6
La posada de la Madona	6	Actriz, Militar y Beata	6
Caer en sus propias redes	4		

La direccion del Museo Dramático se halla establecida en la calle de la Gorguera, núm. 13.

ADVERTENCIA.

Imp. de D. PEDRO MORA Y SOLÉR, calle del Fomento, n. 7.